



POL IBÁÑEZ

VOLVERÉ A VERTE

POL IBÁÑEZ

VOLVERÉ A VERTE





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Pol Ibáñez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © María Gabriela Andrade, 2023

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.863-2025

ISBN: 978-84-08-30951-2

Impreso en España

Lirio blanco

La tormenta y la lluvia

Octubre, 2017

—Bueno, alumnos, es hora de presentar los trabajos sobre un tema con el que os sintáis identificados. —El profesor me miró fijamente—. García, ¿quieres empezar?

—¿Yo? —me quedé mirando la hoja arrugada que tenía en mis manos.

—Sí.

Me indicó que me acercase a la pizarra.

—Está bien... —Suspiré y fui hacia él.

—Venga, no tengas miedo. —Me dio una palmada en el hombro y se sentó a su mesa.

Yo me quedé frente a la clase, paralizado. Me contemplaban como si alguna vez les hubiese importado o hubiese sido fuente de sus preocupaciones diarias. Unos se reían por debajo de la manga, otros juzgaban mis pintas y los demás tan solo trataban de que no se les escapara ningún comentario ofensivo.

Mark ya ni siquiera me miraba.

Para él era tan solo el recuerdo de los juguetes que teníamos de pequeños, después de todo lo que hemos llegado a

vivir juntos. Daba la sensación de que había decidido hacer borrón y cuenta nueva sobre nuestra adolescencia.

Sabía que todo lo que habíamos vivido estaba repartido por su habitación de recuerdos, pero él no tenía ni la más mínima intención de hacer algo al respecto. Yo ya no era relevante en su vida, prefería charlar con su nuevo amigo antes que apoyarme, como hacía antes cuando me tocaba hablar en público. En aquel instante necesitaba que me apoyara, que me tranquilizara con gestos y que me sonriera. Mark siempre me deseaba suerte y susurraba una y otra vez esas dos palabras: «Tú puedes».

La ausencia de eso complicó aún más la situación.

Mark ya no quería saber de mí. Es más, creo que llevaba como unos dos meses sin percatarse de mi existencia. Sin saber de aquel chico tan jodidamente roto.

El señor Roderike me insistía una y otra vez para que empezara. Yo no quería. No me apetecía leer eso. Es más, no debería haberlo escrito. Lo hice a las doce de la noche, cuando me encontraba sumergido en un mar demasiado oscuro. Ni siquiera había estrellas en lo alto que lo alumbraran, solo me acompañaba la nada.

Estaba a punto de airear mis sentimientos más profundos. Miré al profesor tratando de ahorrarme las lágrimas, volví la cabeza hacia Mark, pero seguía igual. Hablando con él. Era triste saber que solo me miraba gente desconocida. Dolía ver que ya ni siquiera me consideraban un compañero.

Inspiré y espiré. Me coloqué la hoja un poco más arriba para taparme los ojos y que no pudieran ver mi cara. Desastrosa y llena de ojeras. La mano me temblaba y el pie señalaba que había perdido la estabilidad. Estaba claro que después de leer el texto, Mark alzaría los ojos.

—Empiezo —carraspeé—. «Vivo rodeado de miles de gotas de agua, pero ninguna me moja. Caen a mi alrededor

y ninguna me toca. Es como si me evitasen. Como si me viesen destrozado, decaído, amargado, arruinado, y decidiesen apartarse de algo más frío que ellas... —Se me quebraba la voz—. Vivo en una lluvia constante y ningún rayo cae. Nadie me ilumina. Las nubes siguen siendo grises y espontáneas. Creo que intentan decirme que todo irá bien, que la lluvia no me mojará, pero que el cielo tampoco me mostrará un rayo de sol. Vivo al lado de unos fuertes truenos. Con sus tormentosos ruidos. Cada día hay más y parece que nunca se vayan a ir. Trato de ignorarlos, pero los estruendos son horribles. Vivo cerca de charcos de agua y ninguno me resulta amigable. Todos parecen fáciles de pisar, pero cuando lo hago, me hundo. Y me siento más frío que nunca. Cuantos más charcos hay, más solo me siento, pues sé que todos me mojarán y me dejarán sin aire. Vivo en una constante tormenta lluviosa, llena de relámpagos y truenos, en la que nadie es capaz de llevarme a una vida con el cielo calmado y tranquilo.»

Cuando acabé, alcé la vista del papel y vi que había dejado a todos sin habla. No sabían qué decir. Al mirar de reojo a la mesa del profesor, pude ver que aún no me había puesto nota; todavía seguía estático, con el bolígrafo en la mano. Me acerqué a él y le di aquel trozo de papel arrugado para que lo revisara. Luego me senté en mi sitio y, por primera vez, noté miles de ojos clavándose en mi cuello.

Me percaté de que sabían de la existencia de Luke. Que volvían a ser conscientes de mí.

Había dejado de ser un fantasma. Las chicas engreídas de mi derecha ahora reparaban en un niño de pelo castaño y ojos negros. Los frikis de atrás estuvieron observándome. El grupito de mi izquierda se había callado de repente. Pasé a ser el centro de atención, pero a mí solo me interesaba una cosa: Mark.

Así que, me giré despacio hacia el asiento del fondo. Ese lugar al lado de la ventana y tocando el final de la clase. Ese memorable sitio que cada vez que acudía a mi memoria me traía el paso de los años, las estaciones y los minutos. Ese asiento del fondo era como una bomba.

Una bomba que escondía todo mi curso escolar.

Entonces, me miró. Su nuevo amigo le estaba hablando y él tenía los ojos clavados en los míos. Se quedó unos segundos observándome y, cuando estaba a punto de dedicarme una sonrisa, el chico de al lado le chasqueó los dedos, forzándolo a que dejara de prestarme atención. Yo seguí mirándolo.

«Qué buenos tiempos...», pensé.

Antes yo ocupaba el asiento dónde ahora estaba el nuevo compañero de Mark. En todas las clases, miraba cómo la luz se filtraba por el ventanal y sentía cómo se reflejaba en mi rostro o rozaba mis manos apoyadas sobre la mesa. Sin duda, esos tiempos pasados fueron buenos, no como el presente, en el que el tiempo es solo tiempo. Y resultaba ser todo lo contrario a lo que había sido entonces. Se había convertido en algo que deseas que pase rápido.

—Bueno... —El profesor se levantó de la silla—. Muchas gracias, Luke. —Se tocó el cuello—. Ha sido... espectacular —me alabó—. Me he quedado sin palabras. Me ha encantado la manera como te has abierto, y también que hayas utilizado la metáfora de la tormenta. Increíble. En serio, magnífico. —Se detuvo un segundo—. Bueno, sigamos. ¡Tú! —Señaló a Mark.

—¿Yo?

—Sí —frunció el ceño—. ¿No lo has hecho?

—Sí, sí... —Sacó un papel de su mochila.

—Bien, entonces coge tu hoja y léenosla.

—Vale...

Mark, por fuera, aparentaba ser un chico extrovertido y

muy feliz, pero en realidad no era más que un joven tímido e inseguro. No éramos tan diferentes como pensaba en un principio.

En ese aspecto, éramos gota y lluvia.

Lo único que ahora yo ya no era su gota, ni su lluvia.

Se incorporó. Inspiró con fuerza. Tenía escrito por delante y por detrás y, obviamente, yo sabía de lo que estaba hablando.

¿Quién no tenía ni idea de lo que estaba hablando?

Exacto: su nuevo compañero.

Porque por mucho que ese otro chico me hubiese reemplazado, jamás me quitaría todo lo que sabía sobre Mark.

He vivido sus peores momentos; así que, mientras el otro parecía perdido, yo percibí que sus manos temblorosas indicaban un profundo dolor.

Era capaz de ver lo que leía escrito en las venas de su corazón.

Al fin y al cabo, era uno de los chicos más sensibles que había conocido en mi vida. De esos que decías: «Joder, es increíble». Pero, al parecer, no estaba a mi alcance; según palabras tuyas, yo era una mierda de persona y no me quería tener cerca.

—Cuando usted quiera —lo animó Roderike, esperando sentado, con las piernas cruzadas.

Mark tosió, tragó saliva y empezó a leer. Habló, para mi sorpresa, sobre la drogadicción. Sobre todo, recuerdo una parte en concreto.

—«Cuando las tengo dentro de mí, siento todo lo que me gustaría sentir sin ellas. Ha llegado un punto en el que, sin el veneno, no sé cómo amar. Tan solo deseo transformar el veneno en cura, pero no sé cómo, pues dependo de él.»

Una vez terminó, la clase aplaudió y después el profesor decidió pronunciarse.

—Si te digo la verdad, me has sorprendido, Velek —dijo mientras apuntaba un par de cosas en su bloc de notas.

¿Que por qué había dicho eso? Fácil.

Mark era un chico descuidado. Era yo quien le recordaba qué había que hacer para el día siguiente. Eso nunca me molestó, es más, me gustaba demostrarle que me importaba.

Además, ¿qué le íbamos a hacer si el chaval era un despistado?

No obstante, he de reconocer que él me ayudaba con los deberes de matemáticas.

Los números no eran mi fuerte y jamás lo serán. Ese era otro punto negativo que tenía el haberlo perdido. Me había quedado sin mi profesor particular. Bueno, directamente me había quedado sin él. Aun así, el problema siempre fui yo.

Yo y yo.

A veces ni nos parecíamos, a él lo veías saltando de alegría y a mí con los auriculares. Apartado. Solo.

Y lo intentó, me arrastró mil y una veces hacia la felicidad, pero cuanto más lo intentaba, peor acababa, incluso empujando y chillándole para que me dejara en paz.

Así es la vida de un chico con problemas mentales. Y aún peor, uno que ni siquiera admitía tenerlos. Necesitaba que me ayudaran, pero no quería aceptar ayuda.

Era una contradicción constante. Ni yo me entendía.

Tan solo quería sentir la presencia. A veces la conseguía, y otras, solo lograba el vacío. Era algo lógico también, ¿quién querría pasar los días con un alma en pena?

Nadie.

—¡Vaya! Ya es la hora —dijo Roderike mirando el reloj—. Hoy hemos trabajado bastante. —Recogió su bloc de notas y lo metió en la mochila.

En nada, el aula volvió a recuperar el alboroto normal.

—¡Paula! —chillaba una a mi espalda.

—¿Sarah? —le respondió la aludida.

—Mark, ¿nos vamos? —propuso su nuevo amigo.

La pregunta era... ¿Y yo?

¿A quién le podía hablar, preguntar, contar mis chistes malos, dar un abrazo o decirle lo mucho que lo quería?

Todas estas son cuestiones que tenían la misma respuesta: a nadie.



Estás leyendo la historia de alguien que prácticamente lo llegó a tener todo y lo perdió. Esto, sin embargo, fue culpa del chico que, a pesar de no haber mostrado maldad antes, al final, acabó escupiendo veneno.

Los clásicos «Mark» y «Luke» que todos escuchaban día a día, pasaron, al cabo del tiempo, a dejar de sonar por la clase.

Esa persona solo tuvo la intención de joder. De anteponer su amor a la verdad. Y eso fue lo que marcó el fin de algo y el inicio de todo.

—¡Javi! —chilló Mark—. ¿Hoy vendrás a casa?

—Por supuesto. —Este le dio un codazo—. Hombre, hoy es viernes y toca descansar...

—Cierto, cierto.

Yo sabía perfectamente que Mark era infeliz. Conocía todo lo que ocurría en su vida y sabía que fingía despreocupación. Me jodía verlo impostar sonrisas, pero ya no era problema mío. Los mensajes sin leer me dejaron claro que no le importaba nada.

Para él yo era como el polvo que se acumula sobre los muebles. «Ya si eso lo quitaré cuando se acumule una buena cantidad», pensaría. Y eso hizo, cogió toda mi amistad acumulada y la hizo desaparecer con el primer plumero que vio a su alrededor. Tan solo por Javi.

Cuando llegué a casa, asumiendo que era otro día perdido, decidí tumbarme en la cama, ponerme cualquier canción que tuviese en la aplicación de música y permanecer allí, mirando al techo como un inútil.

Entonces agarré el móvil de la mesa y me quedé mirando un buen rato WhatsApp. Luego, decidí entrar en el chat de Mark y, no sé ni por qué ni cómo, pero acabé pasando más de media hora releendo los últimos mensajes que le envié.

11/09/2017

Oye, ¿puedes hacer el favor de responderme?
17:09

¿Por qué cojones te hablas con Javi?! 17:11

19/09/2017

Respóndeme, por Dios... 21:45

31/09/2017

Mark, te echo de menos.

Por favor, quiero hablar.

Te quiero. 21:56

Entonces, a causa del dolor nostálgico, deslicé para arriba y tuve la sensación de viajar en el tiempo. Veía los días retroceder. Así hasta llegar a marzo. El mes en el que todo empezó a torcerse.

Aunque, por entonces, aún sonreía.

Estaba en uno de los mejores momentos de mi vida, pero no lo supe valorar.

Éramos aún el dúo irrompible del que todos hablaban.

Al leer algunos mensajes sueltos de ese mes, mis ojos empezaron a humedecerse. Me pregunté una y otra vez por qué nos habíamos convertido en Plutón y el sistema solar.

Fue ver esas frases y recordar lo feliz que era. Echaba mucho de menos sonreír sin hacer ningún tipo de esfuerzo.

Rabioso, tiré el móvil bruscamente y me tapé la cara con el cojín. Traté de no hacer mucho ruido al llorar. Mi mente, de pronto, empezó a martillear y a intensificar mis pensamientos. Y así, sin más, decidí volver a revivir todo lo sucedido, buscando, una vez más, entender cómo se convirtió todo en un agujero negro sin salida.

Empecé a sacar los recuerdos de mi cabeza, a plasmarlos en el papel. A contaros mi verdad.